

—¿Es usted el señor Derville?—dijo Cachán mirando á Corentín.

—No, señor; es el caballero—repuso Corentín señalando á Derville, que saludó.

—Pero—dijo Sechard,—estamos en familia, no hay aquí nada oculto para nuestros vecinos, y no tenemos necesidad de ir á mi despacho, donde no hay fuego... Nuestra vida está á la luz del día...

—La de su señor padre tuvo algunos misterios que tal vez no le guste á usted publicar—dijo Corentín.

—¿Es algo que puede ponernos colorados?—dijo Eva asustada.

—¡Oh! no, es un pecadillo de la juventud—dijo Corentín armando con mucho cuidado una de sus mil *ratoneras*.—Su señor padre le ha dado un hermano mayor...

—¡Ah! ¡viejo oso! no le amaba á usted nada, señor Sechard, y el socarrón ha guardado eso...—exclamó Courtois.—¡Ah! ahora comprendo lo que quería decir cuando me decía: «¡Verá usted cosas estupendas cuando esté enterrado!»

—¡Oh! tranquilícese, señor—dijo Corentín á Sechard mirando á Eva de reojo.

—¡Un hermano!—exclamó el médico—pues ahora su herencia tendrá que ser dividida en dos.

Derville aparentaba mirar los grabados que estaban expuestos en las paredes del salón.

—¡Oh! tranquilícese usted, señora—dijo Corentín al ver la sorpresa que apareció en el hermoso rostro de la señora Sechard;—sólo se trata de un hijo natural. Los derechos de un hijo natural no son los de un hijo legítimo. Ese muchacho está en la más profunda miseria; tiene derecho á una suma basada en la importancia de la herencia... Los millones dejados por su padre...

Al oír la palabra *millones*, hubo un grito unánime en el salón. En aquel momento Derville no examinaba ya los grabados.

—¿El padre Sechard millones?—dijo Courtois.—¿Quién les ha dicho eso? algún aldeano.

—Señor, como no pertenece usted al fisco—dijo Cachán—se le puede decir lo que...

—Tranquilícese—dijo Corentín;—le doy mi palabra de honor de que no soy un empleado de la Hacienda.

Cachán, que acababa de hacer señal á todo el mundo

de que se callasen, dejó escapar un movimiento de satisfacción.

—Señor—repuso Corentín,—aunque solo fuese un millón, la parte de un hijo natural sería aun bastante bonita. No venimos á instruir un proceso; al contrario, venimos á proponerles que nos den cien mil francos, y nos volveremos...

—¡Cien mil francos!...—exclamó Cachán interrumpiendo á Corentín.—Pero, señor, el padre Sechard ha dejado veinte fanegas de viñas, cinco casitas, diez fanegas de prados en Marsac, y ni un céntimo...

—Por nada del mundo—exclamó David Sechard interiniendo—querría decir una mentira, señor Cachán, y menos tratándose de interés... Señor—les dijo á Corentín y á Derville,—mi padre nos ha dejado, además de sus bienes...—por muchas señas que le hicieron Cachán y Courtois para que se callase, David continuó—trescientos mil francos, lo que hace subir la importancia de la herencia á unos quinientos mil francos.

—Señor Cachán—dijo Eva Sechard,—¿cuál es la parte que la ley concede al hijo natural?

—Señora—dijo Corentín,—no somos ningunos turcos; únicamente le pedimos que nos jure delante de estos señores que ustedes no han recogido más de cien mil escudos en metálico de la herencia de su suegro, y entonces nos entenderemos.

—Dé usted antes su palabra de honor de que es procurador—dijo el antiguo procurador de Angulema á Derville.

—Aquí está mi pasaporte—dijo Derville á Cachán presentándole un papel doblado,—y el señor no es, como podrá usted creer, un inspector general de los Dominios, tranquilícese—añadió Derville.—Teníamos únicamente un interés poderoso en saber la verdad acerca de la herencia Sechard, y ya la sabemos...

Derville cogió de una mano á la señora Sechard y la condujo muy cortésmente al extremo del salón.

—Señora—le dijo en voz baja,—si el honor y el porvenir de la casa Grandlieu no estuviesen interesados en esta cuestión, yo no me hubiera prestado á esa estratagema inventada por ese señor condecorado; pero usted le dispensará, se trataba de descubrir la mentira con cuya ayuda su señor hermano ha sorprendido la buena fe de esa noble familia. Guárdese usted bien ahora de dejar creer que ha

dado un millón doscientos mil francos á su señor hermano para comprar la tierra de Rubempré...

—¡Un millón doscientos mil francos!—exclamó la señora Sechard palideciendo.—¿Y de dónde los ha sacado ese desgraciado?

—¡Ah! señora—dijo Derville,—temo que la fuente de esa fortuna sea muy impura.

A Eva le brotaron lágrimas de los ojos, que sus vecinos vieron.

—Tal vez les hemos hecho un gran servicio—dijo Derville—impidiéndoles mantenerse en una mentira cuyos resultados pueden ser muy peligrosos.

Derville dejó á la señora Sechard sentada, pálida y con las lágrimas en los ojos, y saludó á la concurrencia.

—¡A Mansle!—dijo Corentín al muchachito que guiaba el cabriolé.

La diligencia que pasa por la noche y que va de Burdeos á París tenía un asiento; Derville rogó á Corentín que le dejase aprovecharse de él, objetando sus asuntos; pero en el fondo, desconfiaba de su compañero de viaje, cuya destreza diplomática y sangre fría le parecieron en él habituales. Corentín permaneció tres días en Mansle sin encontrar ocasión de partir, y se vió obligado á escribir á Burdeos para que le retuviesen un asiento para París, en donde no estuvo de vuelta hasta los nueve días de su partida.

Durante aquel tiempo, Peyrade iba todas las mañanas, ya á Passy, ya á París, á casa de Corentín, para saber si había vuelto. El octavo día dejó en los dos domicilios una carta escrita en cifras conocidas entre ellos, para explicar á su amigo el género de muerte de que estaba amenazado, el rapto de Lidia y el horroroso fin que le destinaban sus enemigos. Atacado como hasta entonces él había atacado á los demás, Peyrade, privado de Corentín, pero ayudado de Contensón, no por eso dejó su disfraz de nabab. Aunque sus invisibles enemigos le habían descubierto, pensaba muy juiciosamente poder coger algunos hilos permaneciendo en el mismo terreno de la lucha. Contensón había puesto en campaña todos sus conocidos para lograr la pista de Lidia. Esperaba descubrir la casa donde estaba oculta; pero cada día quedaba más demostrada la imposibilidad de saber algo, aumentando de hora en hora la desesperación de Peyrade. El viejo espía se hizo rodear de una

guardia de doce ó quince agentes de los más hábiles. Vigilaban los alrededores de las calles de los Moineaux y de Taitbout, donde vivía como nabab con la señora de Val-Noble. Durante los tres últimos días del plazo fatal concedido por Asia para restablecer á Luciano en su antiguo pie en el palacio de Grandlieu, Contensón no abandonó ni un instante al veterano de la antigua intendencia general de policía. De este modo, la poesía de terror que las estratagemas de las tribus enemigas en guerra propagan por el seno de los bosques de América, y del que tanto se ha aprovechado Cooper, se unía á los menores detalles de la vida parisiense. Los transeuntes, las tiendas, los coches, una persona de pie en una ventana, todo ofrecía á los hombres números, á quienes la defensa de la vida del viejo Peyrade estaba confiada, el interés enorme que presentan en las novelas de Cooper un tronco de árbol, una habitación de castores, una roca, la piel de un bisonte, una canoa inmóvil, una rama á flor de agua.

—Si el español se ha marchado, no tenemos nada que temer—decía Contensón á Peyrade haciéndole notar la profunda tranquilidad que gozaban.

—¿Y si no se ha marchado?—respondió Peyrade.

—Se ha llevado uno de mis hombres en la trasera de su calesa; pero en Blois, mi hombre, obligado á bajar, no ha podido ni volver á subir ni alcanzar al coche.

Cinco días después de la vuelta de Corentín, una mañana recibió Luciano la visita de Rastiñac.

—Con gran desesperación mía, querido mío, me veo obligado á cumplir un encargo que me han confiado á causa de nuestra amistad íntima. Tu matrimonio está roto sin que puedas esperar nunca rehacerlo. No pongas más los pies en el palacio de Grandlieu. Para casarte con Clotilde, es preciso que esperes la muerte de su padre, y se ha vuelto muy egoísta para morir pronto. Los viejos jugadores de whist se mantienen mucho tiempo al borde... de la mesa. Clotilde va á partir á Italia con Magdalena de Lenoncourt-Chaulieu. La pobre muchacha te ama tanto, querido mío, que ha sido preciso vigilarla; quería venir á verte, había hecho su proyecto de evasión... Es un consuelo en tu desgracia.

Luciano no respondió nada; miraba á Rastiñac.

—Después de todo, ¿es eso una desgracia?...—le dijo su

compatriota;—encontrarás fácilmente otra muchacha tan rica y más hermosa que Clotilde. La señora de Serizy te casará por venganza, no puede sufrir á los Grandlieu, que no han querido recibirla nunca; tiene una sobrina, la pequeña Clemencia de Rouvre...

—Querido, desde nuestra última cena no estoy bien con la señora de Serizy; me vió en el palco de Ester, me armó una escena y la dejé.

—Una mujer de más de cuarenta años no se enfada por mucho tiempo con un joven tan guapo como tú—dijo Rastiñac.—¡Conozco algo esas puestas de sol! Eso dura diez minutos en el horizonte, y diez años en el corazón de una mujer.

—Ya hace ocho días que espero carta de ella.

—¡Vete allá!

—Ahora me será preciso.

—¿Vienes, al menos, á casa de la Val-Noble? Su nabab devuelve á Nucingen la cena que recibió de él.

—Ya lo sé; iré—dijo Luciano con aire grave.

Al día siguiente de la confirmación de su desgracia, de la que Carlos fué instruido al instante, Luciano fué con Rastiñac y Nucingen á casa del falso nabab.

A las doce, el antiguo comedor de Ester reunía á casi todos los personajes de este drama cuyo interés, oculto debajo del lecho mismo de aquellas existencias torrenciales, sólo era conocido de Ester, de Luciano, de Peyrade, del mulato Contensón y de Paccard, que fué á servir á su señora. La señora de Val-Noble rogó á Asia, sin que lo supiesen Peyrade y Contensón, que fuese á ayudar á su cocinera. Al ponerse á la mesa, Peyrade, que le dió quinientos francos á la señora de Val Noble para que hiciese bien las cosas, encontró en su servilleta un papelito en el cual leyó las siguientes palabras escritas con lápiz: *Los diez días expiran en el momento en que se sienta usted á la mesa.* Peyrade pasó el papel á Contensón, que se encontraba detrás de él, diciéndole en inglés: «¿Eres tú quien ha puesto ahí mi nombre?» Contensón leyó á la luz de las bujías aquel *Mané, Tecel, Pharés*, y se metió el papel en el bolsillo; pero sabía lo difícil que es examinar una escritura con lápiz, y sobre todo una frase trazada con letras mayúsculas, es decir, con líneas por decirlo así, matemáticas, toda vez que las letras mayúsculas se componen de curvas y de rectas en las que es

imposible reconocer los hábitos de la mano, como en la escritura llamada cursiva.

Aquella cena se hizo sin ninguna alegría. Peyrade era presa de una preocupación visible. De los jóvenes *vividores* que sabían alegrar una cena, sólo se encontraban Luciano y Rastiñac. Luciano estaba muy triste y pensativo. Rastiñac, que acababa de perder dos mil francos antes de cenar, bebía y comía con la idea de tomar la revancha después de la cena. Las tres mujeres, extrañadas de aquella frialdad, se miraron. El aburrimiento quitó todo sabor á los platos. Les sucede á ciertas cenas lo que á las piezas de teatro y á los libros: tienen sus azares. Al final de la cena sirvieron unos helados llamados *plomizos*. Todo el mundo sabe que esa especie de helados contienen frutas y confites delicados colocados en la superficie del helado, que se sirve en un vasito sin afectar la forma de pirámide. Aquellos helados habían sido encargados por la señora de Val-Noble en casa Tortoní, cuyo célebre establecimiento se encontraba en la esquina de la calle Taitbout y del bulevar. La cocinera llamó al mulato para pagar la cuenta de los helados. Contensón, á quien la exigencia del criado no pareció natural, bajó y le anonadó con esta frase:

—¿No está usted en casa Tortoní?

Y volvió á subir al instante. Pero Paccard se había aprovechado de aquella ausencia para distribuir los helados á los convidados. Apenas el mulato había llegado á la puerta del comedor, cuando uno de los agentes que vigilaban en la calle de los Moineaux gritó en la escalera:

—Número veintisiete.

—¿Qué hay?—respondió Contensón volviendo á bajar con rapidez toda la escalera.

—Dígame al papá que su hija ha entrado, ¡y en qué estado! ¡Dios mío! ¡que venga, se muere!

En el momento en que Contensón entró en el comedor, el viejo Peyrade, que había bebido extraordinariamente, se zampaba todo el helado. Se brindaba por la salud de la señora de Val-Noble; el nabab llenó su vaso de un vino de Constance, y lo vació de un trago. Por turbado que estuviese Contensón á causa de la noticia que iba á dar á Peyrade, le chocó la profunda atención con que Paccard miraba al nabab. Los dos ojos del criado de la señora de Champy parecían dos llamas fijas. Aquella observación, á

pesar de su importancia, no debía detener al mulato, y se inclinó hacia su amo en el momento en que Peyrade colocaba su vaso vacío en la mesa.

—Lidia está en casa—dijo Contensón,—y en muy triste estado.

Peyrade soltó el más francés de los juramentos, con un acento meridional tan pronunciado que el más profundo asombro apareció en el rostro de todos los convidados. Al percibirse de su falta, Peyrade confesó su disfraz diciendo á Contensón en buen francés:

—¡Busca un coche!... me largo...

Todo el mundo se levantó de la mesa.

—¿Quién es usted, pues?—exclamó Luciano.

—Si...—dijo el barón.

—Bixiou me había sostenido que usted sabía hacer el inglés mejor que él, y yo no quería creerlo—dijo Rastiñac.

—Es algún quebrado descubierto—replicó Tillet en voz alta,—¡me lo temía!

—¿Qué país tan singular es París!...—dijo la señora de Val-Noble.—¡Después de haber hecho bancarrota en su barrio, un comerciante reaparece de nabab ó de dandy en los Campos Elíseos impunemente! ¡Oh! estoy de desgracia, la quiebra es mi insecto.

—Dicen que todas las flores tienen el suyo—dijo tranquilamente Ester;—el mío se parece al de Cleópatra, un áspid.

—¿Que quién soy?...—exclamó Peyrade desde la puerta.—¡Ah! ya lo sabrán, pues si muero, saldré de la tumba para ir á tirarles de los pies todas las noches...

Al decir aquellas últimas palabras, miraba á Ester y á Luciano; después se aprovechó del asombro general para desaparecer con excesiva rapidez, pues quiso correr hacia su casa sin esperar el coche. En la calle, Asia, envuelta en una cofia negra, como las que llevaban entonces las mujeres al salir del baile, detuvo al espía por el brazo en el umbral de la puerta, y le dijo con aquella voz que le había profetizado ya la desgracia:

—Envía á buscar los sacramentos, papá Peyrade.

Había un coche allí, Asia montó en él, y desapareció como llevada por el viento. Había cinco coches, y los hombres de Peyrade no pudieron saber nada.

Al llegar á su casa de campaña, situada en una de las

plazas más retiradas y más risueñas del pueblecito de Passy, en la calle de las Vignes, Corentín, que pasaba por un negociante devorado por la pasión de las flores, encontró las cifras de su amigo Peyrade. En lugar de descansar, volvió á subir al coche que le había conducido, se hizo llevar á la calle de los Moineaux y no encontró más que á Katt. Supo por la flamenca la desaparición de Lidia, y quedó sorprendido de la falta de previsión que él y Peyrade habían tenido.

—Esos no me conocen aun—se dijo.—Esa gente es capaz de todo, es preciso saber si matarán á Peyrade, pues entonces yo no me mostraré más.

Cuanto más infame es su vida, más apego le tiene el hombre; entonces es una protesta, una venganza continua. Corentín bajó, fué á su casa á disfrazarse de ancianito delicado, con levita verduzca y peluca de grama, y volvió á pie, llevado de su amistad por Peyrade. Quería dar órdenes á sus números más adictos y más hábiles. Al atravesar la calle Saint-Honoré para ir de la plaza de Vendome á la calle Saint-Roch, caminó detrás de una joven calzada con zapatillas y vestida como lo está una mujer por la noche. Aquella joven, que llevaba una camisola blanca, y en la cabeza un gorro de noche, dejaba escapar de cuando en cuando sollozos mezclados de quejas involuntarias; Corentín avanzó algunos pasos y reconoció á Lidia.

—Soy amigo de su padre de usted, el señor Canquoëlle—le dijo con su voz natural.

—¡Ah! ya tengo, pues, una persona de quien fiarme...

—Finja usted que no me conoce—repuso Corentín,—pues somos perseguidos por crueles enemigos, y nos vemos obligados á disfrazarnos. Pero cuénteme lo que le ha sucedido.

—¡Oh! señor—dijo la pobre joven,—eso se dice y no se cuenta... ¡Estoy deshonrada, perdida, sin poderme explicar cómo!...

—¿De dónde viene usted?

—No lo sé, señor. Me he escapado con tanta precipitación, he andado por tantas calles, he dado tantas vueltas creyéndome perseguida... Y cuando encontraba alguna persona honrada, le preguntaba el camino para ir á los bulevares, á fin de ganar la calle de la Paz. En fin, después de haber caminado durante... ¿Qué hora es?

—Las once y media—dijo Corentín.

—Me he escapado al anoecer, ¡ya hace seis horas que ando!—exclamó Lidia.

—Vamos, ya descansará usted, encontrará á su buena Katt.

—¡Oh! señor, ya no hay descanso para mí. No quiero otro descanso que el de la tumba, é iré á esperarla en un convento, si me creen digna de entrar en él...

—¡Pobre pequeña! ¿ha resistido usted mucho?

—Sí, señor. ¡Ah! si supiese usted entre qué criaturas abyectas me han metido...

—¿La han dormido, sin duda?

—¡Ah! jeso es!—repuso la pobre Lidia.—Un esfuerzo más, y llegaré á casa. Me siento desfallecer, y mis ideas no son muy claras... Hace un momento creía estar en un jardín...

Corentín condujo á Lidia en sus brazos, donde se desmayó, y la subió por las escaleras.

—¡Katt!—gritó.

Katt apareció y dió un grito de alegría.

—No se apresure usted á alegrarse—dijo sentenciosamente Corentín;—esta joven está muy enferma.

Cuando Lidia estuvo acostada, cuando á la luz de las bujías encendidas por Katt reconoció su habitación, le entró delirio. Cantó canciones graciosas, y de cuando en cuando intercalaba ciertas frases horribles que habia oído. Su hermoso rostro estaba cubierto de tintes violáceos. Mezclaba los recuerdos de su vida tan pura á los de aquellos seis días de infamia. Katt lloraba. Corentín se paseaba por la habitación, deteniéndose á cada momento para examinar á Lidia.

—¡Paga por su padre!—dijo.—¿Habrà una Providencia? ¡Oh! ¡que bien he hecho en no tener familia!... ¡Un hijo! ¡palabra de honor, que es, como dice no sé qué filósofo, una prenda que se da á la desgracia!...

—¡Oh!—dijo la pobre niña irguiéndose y dejando sus hermosos cabellos desatados—en lugar de estar aquí, Katt, debería estar acostada sobre la arena en el fondo del Sena...

—Katt, en vez de llorar y mirar á la niña, lo cual no la curará, deberíais ir á buscar un médico, primero el de la alcaldía, y después á los señores Bianchón y Desplein... Es preciso salvar á esta inocente criatura.

Y Corentín escribió la dirección de los dos célebres doctores. En aquel momento, la escalera fué subida por un hombre á quien los escalones le eran familiares, y la puerta se abrió. Peyrade, sudoroso, con el rostro violáceo, los ojos casi ensangrentados y soplando como un delfín, saltó de la puerta á la habitación de Lidia, gritando:

—¿Dónde está mi hija?...

Vió un triste gesto de Corentín, y la mirada de Peyrade siguió el gesto. Sólo se puede comparar el estado de Lidia al de una flor, amorosamente cultivada por un botánico, caída de su tallo y aplastada por los zapatos herrados de un aldeano. Transportar esta imagen al corazón de la paternidad, y comprenderéis el golpe que recibió Peyrade, de cuyos ojos brotaron gruesas lágrimas.

—Lloran, es mi padre—dijo la niña.

Lidia pudo aun reconocer á su padre; se levantó y fué á arrodillarse ante el anciano en el momento en que éste caía sobre un sofá.

—¡Perdón, papá!...—dijo con voz que atravesó el corazón de Peyrade en el momento en que sentía algo así como un golpe de maza aplicado en su cráneo.

—¡Yo muero!... ¡ah!... ¡granujas!—fué su última palabra.

Corentín quiso socorrer á su amigo, y recibió su último suspiro.

—¡Ha muerto envenenado!—se dijo Corentín.—Bueno, ya está aquí el médico—exclamó al oír el ruido de un coche.

Contensón, que se presentó despojado de su disfraz de mulato, quedó como una estatua de bronce al oír decir á Lidia:

—¿Me perdonas, pues, padre mío?... ¡No es culpa mía!...

—No se apercibía de que su padre estaba muerto.—¡Oh! ¡qué ojos me pone!...—dijo la pobre loca.

—Es preciso cerrárselos—dijo Contensón, que colocó al difunto Peyrade en el lecho.

—No hagamos una bestialidad—dijo Corentín,—llevémosle á su habitación; su hija está medio loca, y se volvería loca del todo al apercibirse de su muerte: creería haberle matado.

Al ver que se llevaban á su padre, Lidia permaneció como atontada.

—¡He ahí mi único amigo!—dijo Corentín pareciendo conmoverse cuando Peyrade fué expuesto en su habitación.

—Sólo ha tenido un pensamiento avaro en su vida, y fué por su hija. Que eso te sirva de lección, Contensón. Cada estado tiene su honor. Peyrade ha hecho mal en meterse en asuntos particulares, no hemos podido ocuparnos de los asuntos públicos. ¡Pero suceda lo que suceda, juro—dijo con un acento, un gesto y una mirada que asombraron á Contensón—vengar á mi pobre Peyrade! ¡Descubriré á los autores de su muerte y de la deshonra de su hija! ¡Y por mi propio egoísmo, por los pocos días que me quedan, y que arriesgo en esta aventura, juro que toda esa gente terminará sus días á las cuatro, llenos de salud y rapados, en la plaza de Greve!...

—Y yo le ayudaré—dijo Contensón conmovido.

Nada hay más conmovedor que el espectáculo de la pasión en un hombre frío, acompasado, metódico, y en quien, desde hacía veinte años, nadie había visto el menor asomo de sensibilidad. Es la barra de hierro en fusión, que funde todo lo que encuentra. Por eso Contensón sintió una revolución en sus entrañas.

—¡Pobre padre Canquoëlle!—repuso mirando á Corentín—cuántas veces me ha obsequiado... Y mire...—sólo las gentes viciosas saben hacer esas cosas—con mucha frecuencia me daba diez francos para ir á jugar...

Después de aquella oración fúnebre, los dos vengadores de Peyrade fueron á la habitación de Lidia al oír á Katt y al médico de la alcaldía en las escaleras.

—Vete á casa del comisario de policía—dijo Corentín;—el procurador del rey no encontrará en todo esto los elementos de una diligencia; pero vamos á hacer un informe en la prefectura, esto podrá servir tal vez para algo.— Señor —dijo Corentín al médico de la alcaldía,—va á encontrar usted en esta habitación un hombre muerto: no creo que su muerte sea natural; hará usted la autopsia en presencia del comisario de policía, que va á venir, invitado por mí. Procure descubrir las huellas del veneno; además, será usted ayudado dentro de algunos instantes por los señores Desplein y Bianchón, á quienes he mandado llamar para examinar á la hija de mi mejor amigo, y cuyo estado es peor que el de su padre, aunque éste está muerto...

—No tengo necesidad de esos señores para hacer mi oficio —dijo el médico de la alcaldía.

—¡Ah! bueno—pensó Corentín.—No se moleste usted, señor—repuso.—En dos palabras, he aquí lo que opino: los que acaban de matar al padre han deshonrado también á la hija.

Al amanecer, Lidia acabó por sucumbir á la fatiga; dormía cuando el ilustre cirujano y el joven médico llegaron. El médico encargado de hacer constar la muerte había abierto el vientre á Peyrade, y buscaba las causas de la muerte.

—Mientras esperan que despierten á la enferma—dijo Corentín á los dos célebres doctores,—¿querrían ayudar á uno de sus colegas en una comprobación que seguramente tendrá interés para ustedes, cuya opinión no estará de más en el proceso verbal?

—El pariente de usted ha muerto de apoplejía—dijo el médico,—hay las pruebas de una congestión cerebral horrible...

—Exáminenlo ustedes, señores—dijo Corentín,—y busquen si existe en la toxicología de los venenos algunos que produzcan el mismo efecto.

—El estómago—dijo el médico—está completamente lleno de materias; pero, á menos de analizarlo con aparatos químicos, no veo ninguna huella de veneno.

—Si los caracteres de la congestión cerebral están muy palpables, hay ahí, vista la edad del sujeto, una causa suficiente de muerte—dijo Desplein mostrando la enorme cantidad de alimentos.

—¿Es aquí donde ha comido?—preguntó Bianchón.

—No—dijo Corentín,—ha venido del bulevar aquí muy aprisa, y ha encontrado á su hija violada...

—Ese es el verdadero veneno, si amaba á su hija—dijo Bianchón.

—¿Cuál es el veneno que puede producir ese mismo efecto?—preguntó Corentín sin abandonar su idea.

—Sólo hay uno—repuso Desplein después de haberlo examinado todo con cuidado.—Es un veneno del archipiélago de Java, sacado de arbustos muy poco conocidos aun, de la naturaleza de los *strichnos*, y que sirven para envenenar esas armas tan peligrosas... los *kris* malayos... al menos así lo dicen.

El comisario de policía llegó. Corentín le dió parte de sus sospechas y le rogó que levantara un acta diciéndole en qué

casa y con qué personas había comido Peyrade; después le instruyó de la conjura tramada contra la vida de Peyrade, y de las causas del estado en que se encontraba Lidia. En seguida pasaron á la habitación de la pobre joven, donde Desplein y Bianchón examinaban á la enferma; pero los encontraron en el umbral de la puerta.

—¿Y bien, señores?—preguntó Corentín.

—Coloquen á esa joven en una casa de salud; si no recobra la razón al dar á luz, en el caso de que esté embarazada, acabará sus días loca melancólica. Para su salvación no hay otro recurso que el sentimiento materno, si se despierta...

Corentín dió cuarenta francos en oro á cada doctor, y se volvió hacia el comisario de policía, que le tiraba de la manga.

—El médico pretende que la muerte es natural—dijo el funcionario,—y puedo tanto menos levantar un acta cuanto que se trata del padre Canquoëlle; se metía en muchos asuntos, y no sabríamos á quién podríamos atacar... Esas personas mueren con frecuencia *por orden*...

—Me llamo Corentín—dijo Corentín al oído al comisario de policía.

El comisario dejó escapar un movimiento de sorpresa.

—Haga, pues, una nota—repuso Corentín,—será muy útil más tarde, y no la envíe más que á título de informes confidenciales. El crimen es muy difícil de probar, y yo sé que la instrucción quedará detenida á los primeros pasos... Pero yo entregaré algún día á los culpables; voy á vigilarles y á cogerles en flagrante delito...

El comisario de policía saludó á Corentín y se fué.

—Señor—dijo Katt,—le señorita no hace más que cantar; ¿qué hacer?

—Pero ¿ha sucedido algo?...

—Ha sabido que su padre acaba de morir...

—Métala en un coche y condúzcala á Charentón; voy á escribir cuatro líneas al director general de la policía del reino, á fin de que sea colocada convenientemente. La hija en Charentón, el padre en la fosa común—dijo Corentín.—Contensón, vete por el coche de los pobres... ¡Ahora, nosotros dos, Carlos Herrera!...

—¡Carlos!—dijo Contensón—está en España...

—¡Está en París!—dijo perentoriamente Corentín.—Hay ahí algo del genio español del tiempo de Felipe III; pero

yo tengo pasaportes para todo el mundo, hasta para los reyes.

Cinco días después de la desaparición del nabab, la señora de Val-Noble estaba á las nueve de la mañana sentada á la cabecera de la cama de Ester, y lloraba, pues se sentía en una de las pendientes de la miseria.

—¡Si al menos tuviese cien lises de renta! Con eso, querida mía, puede una retirarse á un pueblecito cualquiera y casarse allí...

—Yo puedo conseguirlos—dijo Ester.

—¿Cómo?—exclamó la señora de Val-Noble.

—¡Oh! muy sencillamente. Escucha. Vas á querer matarte, representa bien esa farsa; harás venir á Asia y le pondrás diez mil francos por dos perlas negras de cristal muy delgado donde hay un veneno que mata en un segundo; me las traerás, te doy por ellas cincuenta mil francos...

—¿Por qué no las pides tú misma?—dijo la señora de Val-Noble.

—Asia no me las vendería.

—No son para ti—dijo la Val-Noble.

—Tal vez.

—¡Para ti, que vives en medio de la alegría, del lujo, en una casa tuya, la víspera de una fiesta de la que se hablará durante diez años, y que cuesta á Nucingen diez mil francos! Dicen que se comerán fresas en el mes de febrero, escos! párragos, uvas... melones... Habrá mil escudos de flores en la habitación...

—¿Qué dices? sólo en la escalera hay mil escudos de rosas...

—Dicen que tú vestido cuesta diez mil francos...

—Sí, mi vestido es de punto de Bruselas, y Delfina, su mujer, está furiosa. Pero he querido tener un disfraz de casada.

—¿Dónde están los diez mil francos?—dijo la señora de Val-Noble.

—Es todo mi dinero—dijo Ester sonriendo.—Abre mi tocador, están debajo de mi papel de papillotes.

—Cuando uno habla de matarse, nunca se mata—dijo la señora de Val-Noble.—Si fuese para comer...

—¡Un crimen! quita allá—dijo Ester terminando el pensamiento de su amiga que vacilaba.—Puedes estar tranquila—repuso,—no quiero matar á nadie. Tenía una amiga, una

mujer muy feliz; ha muerto, yo la seguiré... esto es todo.

—¡Qué tonta eres!

—¡Qué quieres! nos lo habíamos prometido.

—Deja que protesten esa letra—le dijo su amiga sonriendo.

—Haz lo que te digo, y vete. Oigo llegar un coche, y es Nucingen, un hombre que se volverá loco de placer. Ese me ama... ¿Por qué no ama una á los que nos aman?...

—¡Ah! eso es la historia del arenque, que es el más intrigante de los peces—dijo la Val-Noble.

—¿Por qué?

—Nunca ha podido saberlo nadie.

—Pero, vete, ángel mío. Es preciso que pida tus cincuenta mil francos.

—Bueno, adiós...

Desde hacía tres días los modales de Ester con el barón de Nucingen habían cambiado completamente. El mono se había convertido en gato, y la gata se convertía en mujer. Ester vertía en aquel anciano tesoros de afecto, se hacía encantadora. Sus palabras, desprovistas de malicia y de acritud, llenas de insinuaciones tiernas, habían llevado el convencimiento á la imaginación del pesado banquero; Ester le llamaba Fritz, y se creía amado.

—Si pobre Fritz, te he experimentado—le dijo ella—y atormentado mucho; has estado sublime de paciencia, me amas, lo veo, y te recompensaré. Ahora me gustas, y no sé cómo ha sucedido eso, pero te preferiría á un joven. Tal vez es efecto de la experiencia. A la larga acaba una por aperibirse de que el placer es la fortuna del alma, y tan halagüeño es ser amado por el placer como por el dinero... Además, los jóvenes son muy egoístas, piensan más en ellos que en nosotras; mientras que tú sólo piensas en mí. Yo soy toda tu vida. Por eso no quiero ya nada más de ti, quiero probarte hasta qué punto soy desinteresada.

—No le he dado nada—respondió el barón encantado;—pienso traegle mañana treinta mil francos de *guenta*, es mi *quegalo* de boda...

Ester abrazó tan calurosamente á Nucingen que le hizo palidecer sin píldoras.

—¡Oh!—dijo—no vaya usted á creer que es por los treinta mil francos por lo que estoy así; es porque ahora... te amo, mi gran Federico...

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡*pog* qué *probagme!* ¡hubiese sido tan feliz desde hace tres meses!...

—¿Es al tres por ciento ó al cinco, corcito mío?—dijo Ester pasando las manos por los cabellos de Nucingen y arreglándoselos á su capricho.

—Al tres... tenía muchos...

El barón traía aquella mañana la inscripción en el Gran Libro; iba á almorzar con su querida pequeña y á recibir órdenes para el día siguiente, el famoso sábado, el gran día.

—*Migue*, *mujecita* mía, mi única *mujeg*—dijo alegremente el banquero cuyo rostro resplandecía de felicidad,—aquí tiene *paga pagag* los gastos de cocina *paga el guesto* de sus días...

Ester cogió el papel sin la menor emoción, lo dobló y lo metió en su tocador.

—Ya está usted contento, monstruo de iniquidad—dijo dándole un golpecito en la mejilla,—al verme aceptar algo de usted. Yo no puedo contarle las verdades, pues participo del fruto de lo que usted llama sus trabajos... Esto no es un regalo, querido mío, es una restitución. Vamos, no recobres tu aspecto de hombre de Bolsa. Ya sabes que te amo.

—Mi *hegmosa Esteg*, mi ángel de *amog*—dijo el banquero,—no hable usted así... *migue*... no me *impogtagula* que el mundo *entego* me tuviese *pog* un ladrón... con tal de que fuese *hongado* á sus ojos... Cada día la amo más.

—Es mi plan—dijo Ester.—Por eso no te diré nunca nada que pueda apenarte, mi querido elefante, pues te has vuelto cándido como un niño... ¡Pardiez! ¡gran pillo! nunca has tenido inocencia, y era preciso que la que recibiste al venir al mundo apareciese en la superficie; pero estaba tan hundida que sólo ha aparecido á los setenta años cumplidos... y atraída por el amor. Ese fenómeno tiene lugar en los ancianos... Y he aquí por qué he acabado por amarte, eres joven, muy joven. Sólo yo podía conocer á este gran Federico... yo sola... pues eras banquero á los quince años... En el colegio deberías prestar un bolo á tus compañeros con la condición de devolverte dos...—Saltó á sus rodillas al verle reír.—¡Eh! ¡harás lo que quieras! ¡Eh! roba á los hombres... anda, yo te ayudaré. Los hombres no merecen ser amados; Napoleón los mataba como moscas. Que sea á ti ó al Estado que los franceses paguen las contribuciones, ¿qué más les da? No se hace el amor con el presupuesto, y á fe...

mira, lo he reflexionado bien, tienes razón; esquila á los carneros, está en el Evangelio, según Beránger... Abrace á su Ester... ¡Ah! dime, ¿darás á esa pobre Val Noble todos los muebles de la casa de la calle Taitbout? Y después, mañana, le ofrecerás cincuenta mil francos, eso te pondrá en buen lugar, gatito mío. Has matado á Falleix, empiezan á gritar detrás de ti... Esa generosidad parecerá babilónica... y todas las mujeres hablarán de ti... ¡Oh! tú serás el único noble de París, y el mundo está hecho de tal modo que olvidarán á Falleix. Después de todo, es dinero colocado en consideración.

—Tienes *gazon*, ángel mío, conoces el mundo—respondió, —*segás mi consejega*.

—Ya ves—repuso ella—cómo pienso en los asuntos de mi hombre, en su consideración, en su felicidad... Vete á buscarme los cincuenta mil francos.

Quería desembarazarse del señor de Nucingen para llamar á su agente de cambio y vender la inscripción en la Bolsa la misma tarde.

—¿Y *pog* qué en seguida?—preguntó él.

—Caramba, querido mío, es preciso ofrecérselos en una cajita de satén, y envolverla en un abanico. Le dirás: «Aquí tiene, señora, un abanico que espero le gustará...» ¡Te creen Turcaret, y pasarás por Baujón!

—¡*Encantadog!* ¡*encantadog!*—exclamó el barón—¡ahoga tendré ingenio!... sí, *gepetigué* sus palabras...

En el momento en que la pobre Ester se sentaba, cansada del esfuerzo que hacía para representar su papel, Europa entró.

—Señora—le dijo,—está un recadero enviado del muelle Malaquais por Celestino, el lacayo del señor Luciano...

—¿Que entre!... pero no, voy á la antecámara.

—Trae una carta de Celestino para la señora.

Ester se precipitó en la antecámara, miró al comisionado, y vió en él al comisionado de pura sangre.

—Dile que baje—dijo Ester con voz débil dejándose caer sobre una silla después de haber leído la carta.—Luciano quiere matarse—añadió al oído de Europa.—*Ensénale* la carta.

El abad, que conservaba su traje de viajante, descendió al instante, y su mirada se fijó al momento en el recadero al encontrar un extraño en la antecámara.

—Me habías dicho que no había nadie—le dijo á Europa al oído.

Y por un exceso de prudencia, pasó acto continuo al salón después de haber examinado al recadero. Burla la Muerte no sabía que desde hacía algún tiempo el famoso jefe del servicio de seguridad que le había detenido en la casa Vauquer tenía un rival. Este rival era el recadero.

—Tienen razón—dijo el falso recadero á Contensón, que le esperaba en la calle.—El que usted me ha pintado está en la casa; pero no es un español, y pondría las manos en el fuego á que hay algo de nuestra caza debajo de esa sotana.

—Es tan sacerdote como español—dijo Contensón.

—Estoy seguro—dijo el jefe de la brigada de seguridad.

—¡Oh! ¡si tuviésemos razón!...—exclamó Contensón.

Luciano había estado, en efecto, dos días ausente, y se habían aprovechado de aquella ausencia para tender un lazo; pero volvió la misma tarde, y las inquietudes de Ester se calmaron.

Al día siguiente por la mañana, á la hora en que la cortesana salía del baño y se metía en la cama, su amiga llegó.

—¡Ya tengo las dos perlas!—dijo la Val Noble.

—¿A ver?—dijo Ester levantándose y hundiendo su bonito codo en la almohada guarnecida de encajes.

La señora de Val-Noble le presentó dos especies de grollas negras. El barón le había regalado á Ester dos de esos lebreles de una raza célebre, y que acabará por llevar el nombre del gran poeta contemporáneo que los ha puesto de moda; por eso la cortesana, muy orgullosa de haberlos obtenido, les había conservado los nombres de sus abuelos, Romeo y Julieta. Es inútil hablar de la gracia, de la blancura y de la hermosura de aquellos animales, hechos para las casas, y cuyas costumbres tienen algo de la discreción inglesa. Ester llamó á Romeo. Este acudió con sus patas tan flexibles y tan finas, tan firmes y tan nerviosas, que hubieseis dicho que eran barritas de acero, y miró á su querida. Ester hizo ademán de arrojarle una de las dos perlas para llamar su atención.

—¡Su nombre le destina á morir de este modo!—dijo Ester arrojándole la perla, que Romeo rompió entre sus dientes.

El perro no dió ni un grito, dió una vuelta sobre sí mismo